

yo queria y por una hermosura tan singular, pensar que esta se rebajara á mirar siquiera á una persona de mi pobre y estafalaria calaña, era pedir peras al olmo, ó poner una pica en Flandes. No obstante, cuando ya medio amaba y era casi amado de una jóven así, así; encontré en otra parte la heroina de mi novela y dediquéme á ella. Verdad es que fué falsedad é inconstancia, mas nunca ha sido mi fuerte lo sincero ni consecuente, aunque conozco y lloro mi pecado.

Hallé, pues, tal tesoro en una alcubilla.... no vayan W. á creer señores que es un disparate, ni me den la patente de invencion, que es muy cierto lo que digo; ni crean que la bella náyade anidaba en las prosáicas aguas de la innoble tinaja, sino que esta era de medianería, de modo que desempeñaba humildemente el servicio de las dos casas, y con la mayor facilidad podia dialogarse de una á otra y aun mas que dialogarse si á mas atentara alguno. No me acuerdo el cómo nos enlazamos de conversacion, pero lo cierto es que á los pocos apretones, yo sentia un fuego mas que platónico y habia forjado palacios, cabañas, vapores, raptos, jardines, el Eden.... en mi caletre habia revuelto el hediondo monton de novelas para investigar alguna, que se pareciese á la mia, lo que no logré; me habia enamorado por la voz de aquel génio-hembra de las aguas del Dauro ó Jenil, pues yo no sabia de que rio se surtia la tinaja; su eco argentino y dulce, sus melodiosas y discretas palabras, su diálogo vivo, elocuente y bien sostenido me alborotaron los cascos; una mano de nivea blancura, de bellísimas proporciones y adornada de algunas sortijas completaron mi ilusion, concluyendo que á tales partes debia corresponder el todo. Convinimos en que mi felicísima persona iria á obtener de la mamá el permiso de amar y aspirar al amor de la linda náyade.

¡Cuanta impaciencia! cuanta inquietud! cuanto maldecir el tarde paso de Diana! cuanto querellarme del perezoso curso de Febo hasta que llegó la hora fijada para el dia inmediato! En fin, preséntome en el estrado de la mansion de mi ninfa, mi corazon palpitante de dicha y esperanza. Lo primero que se presentó á mi vista, fué mi olvidada y modesta ex-amada ¡duro trance! pero la felicidad se conquista con el valor, y la fortuna se labra por donde se puede sin pararse en pelillos; yo que nunca me he parado ni aun en *barras*, animoso como el que mas, me dirigí á una señora anciana octogenaria, que era la que habia dado al mundo el portento de que yo seria poseedor, solicitando una audiencia de dos minutos, que obtuve fácilmente y en ella la grata libertad de adorar á su preciosa hija y de estasiarme con sus vaporosas gracias. Y antes de que pudiera contener mis arranques de gozo, entró la misteriosa deidad: quedé estupefacto, ¡qué horror! la niña á lo menos tendria algunos sesenta y pico de abriles, que nunca habrian sido floridos, sin que le obstaran para espresarse con elegantes maneras, lucir su bonita mano y ostentar su armónica voz. ¡Necio de mí! ¿al ver una mamá tan decrepita no hubiera debido yo suponer lo que seria la hija? mas ya no queda recurso, los hechos ya estaban pasados y los amores tambien; entre amostazado y descortés hui precipitadamente de aquella arpia; mas no era esta la mas negra; al pasar por la sala, quedábame el saludo de mi olvidada jóven, quien con sus perfiles de despecho, desdeñe ironía me lo dirigió, tilde mas ó menos, con estas palabras: *Ya sé el objeto de su visita y lo celebro en todos conceptos.*» Hubiera yo querido que la tierra me tragase, haberme podido justificar, y sobre todo alejar el ridículo que iba á pesar sobre mí; pero mi ruina estaba decretada, las señoras entraron y me faltaba tiempo para escapar.

La incógnita síllida era una actriz jubilada en toda la estension de las jubilaciones. Desde entonces maldije los amores platónicos y de ilusion, protestando no fiarme de apariencias; pero desde entonces no encontré á quien amar.

*Mariano Estéban de Góngora.*

## EL DIABLO EN CORDOBA.

### INTRODUCCION.

Tras de largos pesares en Castilla,  
En la fuerte Navarra y en Leon,  
De suspirada union la aurora brilla,  
Olvidados temores y ambicion.

En tanto los infieles orgullosos,  
Cebándose en su bárbara codicia,  
Atacan á Castilla presurosos

Despues que destrozaron á Galicia.

Y Castilla infeliz tambien ya gime  
Al furor de la hueste sarracena:  
Mas el peligro la ambicion reprime  
Y del cristiano la discordia enfrena.

El conde de Castilla don García,  
Con el rey don Bermudo de Leon  
Rivalizan en fuego y valentia  
Y aperciben sus gentes en union.

El valiente Alhagib, del sarraceno  
Acaudilla la hueste destructora,  
Y corre de furor y rabia lleno,  
Ansiando de luchar la horrible hora.

En la fértil llanura á cuya falda  
Se ve un pueblo que llaman Calozon,  
Avanza el sarraceno por la espalda  
Con fuerte gritería y confusion.

Todo es furia y horror: por ambas partes  
El valor, la constancia, la hidalguia  
Y la horrible traicion y malas artes  
Lucharon con furor en aquel dia.

Era valiente el conde, y don Bermudo,  
Y valiente Alhagib el sarraceno,  
El insigne Almanzor que entonces pudo  
Tambien lucir su espíritu guerrero.

Por eso el sol avergonzado huía  
Al ver tanto furor, tantos horrores,  
Y el negro manto de la noche umbría  
Disipó sus fugaces resplandores.

*(Continuará.)*

## MATILDE

### ó una noche en el mar.

#### III.

Desde el momento de su llegada recorre las calles y plazas, fija su vista en todas las reuniones: mas en vano; Matilde no parece. Si alguna vez su acolorada imaginacion se la presenta, bien pronto sale de su error, convenciéndose de que aquella muger que mira no es su Matilde. Dias y dias pasa en este egercicio y todos sus esfuerzos son infructuosos, hasta que uno de ellos, ve pasar á su lado con la velocidad del rayo un coche de camino. Mira y cree que su vista le ha engañado: ha visto á Matilde, pero aun duda. Sigue con la mayor impaciencia la huella del coche portador de su idolatrada, y logra verlo parado á la puerta de un grandé edificio. Ve que está abierto como esperando que alguna persona lo ocupe, redobra su paso, consigue reconocerlo, y ¡cual fué su sorpresa cuando en él encuentra á Matilde acompañada de su familia! Ya si cree á su vista, ya no le queda duda que es ella, ya le ha dirijido sus miradas y las ha separado de él; ya por último se considera el mas feliz de los mortales.

Matilde le habia reconocido tambien y su corazon se despedazaba; pero estaba rodeada de su familia, y el temor de que el mas mínimo movimiento diese á conocer á Ricardo, le hizo que permaneciese inmóvil. En estos cortos momentos ocupa el coche un sugeto desconocido, cruge el látigo y vuelve á partir con la mayor velocidad. Al ver esto Ricardo, está á punto de desfallecer, mas le anima la idea de seguirlo, lo hace por algunos pasos, pero ve que del coche se desprende un papel, vuela á recogerlo, y ¡cual es su admiracion al ver que se halla concebido en estos términos!

«Os adoro, ¡oh jóven! ya otra vez os lo he dicho. Soy la mas infeliz de las mugeres. Mis padres indignados me ausentan de vos, no sé para donde; pero estad seguro que hasta el sepulcro vivireis en el corazon de Matilde.»

«Tengo trazadas estas líneas por si os veo, pues sino, irán conmigo á la tumba.»

Mientras que leyó y volvió á leer este papel, en donde se pronunciaba el terrible anatema de una eterna separacion, desapareció el coche y ya le fué imposible divisarlo. Melancólico, desesperado y detestando su existencia determinó pasar á Méjico, para